

se aumentaron tanto las copias, que en el día pasan seguramente de trescientas las que hay en México y fuera de él.¹

Acabaron de poner la piedra, y habiendo el padre Pelayo y otros sacerdotes que fueron convidados dicho los últimos responsos sobre el sepulcro, tomamos los coches y pasamos á dar el pésame y á cumplimentar á la señora viuda.

Todos los nueve días estuvo la casa mortuoria llena de los íntimos amigos del difunto, y entre éstos fueron muchos pobres decentes y abatidos, á quienes socorría en silencio.

Ignorábamos hasta entonces que diera tantas limosnas y tan bien distribuídas. En su testamento dejó un legado de dos mil pesos para que yo los repartiera á estos pobres, según me pareciera y conforme á las sóliticas que para el caso me daba en el comunicado respectivo, en el que constaban en una lista los nombres, casas, familias y estados de los dichos.

Cumplí este encargo con la exactitud que todos los suyos; continué visitando á la señora y sirviéndola en lo que he podido, advirtiendo siempre y aun admirando el juicio, la conducta, la economía y el arreglo con que se maneja en su casa; y así ha educado á sus hijos con

¹ Es de creerse que las copias de que habla el Pensador son los ejemplares de este tomo, del que mandó tirar trescientos para la primera edición. E.

tino tan feliz, que ellos seguramente honrarán la memoria de su padre y serán el consuelo de la madre.

Pasado algún tiempo, y ya más serena la señora, le pedí los cuadernos que escribió mi amigo, para corregirlos y anotarlos, conforme lo dejó encargado en su comunicado respectivo.

La señora me los dió y no me costó poco trabajo coordinarlos y corregirlos, según estaban de revueltos y mal escritos; pero por fin hice lo que pude, se los llevé y le pedí su permiso para darlos á la prensa.

—No lo permita Dios, decía la señora muy escandalizada, ¿cómo había yo de permitir que salieran á la plaza las gracias de mi marido, ni que los maldicientes se entretuvieran á su costa, despedazando sus respetables huesos?

—Nada de eso ha de haber, le contesté; gracias son, en efecto, las del difunto; pero gracias dignas de leerse y publicarse. Gracias son; pero de las muy raras, edificantes y divertidas. ¿Le parece á usted poca gracia, ni muy común, que en estos días haya quién conozca, confiese y deteste sus errores con tanta humildad y sencillez como mi compadre? No, señora; esto es muy admirable y me atrevo á decir que inimitable. Hoy el que hace más se contenta con conocer sus defectos; pero en esto de confesarlos no se piensa, y aun son muy raros estos conocimientos. Lo común es cegarnos nuestro amor propio

y obstinarnos en solapar nuestros vicios, ocultarlos con hipocresía y tal vez pretender que pasen por virtudes.

Es verdad que don Pedro escribió sus cuadernos con el designio de que sólo sus hijos los leyeran; pero por fortuna éstos son los que menos necesitan su lectura, porque sobre los buenos y sólidos fundamentos que puso mi compadre para levantar el edificio de su educación política y cristiana, tienen una madre capaz de acabar de formarles bien el espíritu, de lo que ciertamente no se descuidará.

En México, señora, y en todo el mundo hay una porción de Periquillos, á quienes puede ser más útil esta leyenda por la doctrina y la moral que encierra.

Mi compadre manifiesta sus crímenes sin rebozo; pero no lisonjeándose de ellos, sino reprendiéndose por haberlos cometido. Pinta el delito; pero siempre acompañado del castigo, para que produzca el escarmiento como fruto.

Del mismo modo refiere las buenas acciones, alabándolas para excitar á la imitación de las virtudes. Cuando refiere las que él hizo, lo hace sobre la marcha y sin afectar humildad ni soberbia.

Escribió su vida en un estilo ni rastrero ni finchado; huye de hacer el sabio, usa un estilo casero y familiar, que es el que usamos todos comunmente y con el que nos entendemos y damos á entender con más facilidad.

Con este estudio no omite muchas veces valerse de

los dicharachos y refranes del vulgo, porque su fin fué escribir para todos. Asimismo suele usar de la chanza, tal cual vez, para no hacer su obra demasiado seria, y por esta razón fastidiosa.

Bien conocía su esposo de usted el carácter de los hombres; sabía que lo serio les cansa, y que un libro de esta clase, por bueno que sea, en tratando sobre asuntos morales, tiene, por lo regular, pocos lectores, cuando, por el contrario, le sobran á un escrito por el estilo del suyo.

Un libro de estos lo manosea con gusto el niño travieso, el joven disipado, la señorita modista y aun el pícaro y tuno descarado. Cuando estos individuos lo leen lo menos en que piensan es sacar fruto de su lectura. Lo abren por curiosidad y lo leen con gusto, creyendo que sólo van á divertirse con los dichos y cuentecillos, y que éste fué el único objeto que se propuso su autor al escribirlo; pero cuando menos piensan ya han bebido una porción de máximas morales que jamás hubieran leído escritas en un estilo serio y sentencioso. Estos libros son como las píldoras, que se doran por encima para que se haga más pasadera la triaca saludable que contienen.

Como ninguno cree que tales libros hablan con él, determinadamente, lee con gusto lo picante de la sátira y aun le acomoda originales que conoce y en los que el autor no pensó; pero después que vuelve en sí del

éxtasis delicioso de la diversión y reflexiona con seriedad que él es uno de los comprendidos en aquella crítica, lejos de incomodarse, procura tener presente la lección y se aprovecha de ella alguna vez.

Los libros morales es cierto que enseñan, pero sólo por los oídos, y por eso se olvidan sus lecciones fácilmente. Estos instruyen por los oídos y por los ojos. Pintan al hombre como él es, y pintan los estragos del vicio y los premios de la virtud en acaecimientos que todos los días suceden. Cuando leemos estos hechos nos parece que los estamos mirando, los retenemos en la memoria, los contamos á los amigos, citamos á los sujetos cuando se ofrece; nos acordamos de este ó del otro individuo de la historia, luego que vemos á otro que se le parece, y de consiguiente nos podemos aprovechar de la instrucción que nos ministró la anécdota. Conque vea usted, señora, si será justo dejar sepultado en el olvido el trabajo de su esposo cuando puede ser útil de algún modo.

Yo no elogio la obra por su estilo ni por su método. Digo lo que puede ser, no lo que es en efecto. Mucho menos digo esto por adular á usted. Sé que su esposo era hombre, y siéndolo, nada podía hacer con entera perfección. Esto sería un milagro.

La obrita tendrá muchos defectos; pero éstos no quitarán el mérito que en sí tienen las máximas mo-

rales que incluye, porque la verdad es verdad, dígala quien la diga y dígala en el estilo que quisiere, y mucho menos se podrán tildar las rectas intenciones de su esposo, que fueron sacar triaca del veneno de sus extravíos, siendo útil de algún modo á sus hijos y á cuantos leyeran su vida, manifestándoles los daños que se deben esperar del vicio y la paz interior y aun felicidad temporal que es consiguiente á la virtud.

—Pues si á usted le parece, me dijo la señora, que puede ser útil esta obrita, publíquela y haga con ella lo que quiera.

Satisfechos mis deseos con esta licencia, traté de darla á luz sin perder tiempo. ¡Ojalá el éxito corresponda á las laudables intenciones del autor!



PERIQUILLO SARNIENTO. — T. II, D. — 85.